

Escuela, pandemia y después.

Por Mariana Domínguez, docente y Ma. Laura Pareja, vicedirectora de la Escuela “Luis Calderón” N°112- Rosario

Innumerables son los relatos en período de pandemia expuestos por docentes y pensadores de la educación.

Sabemos que “las clases” no se han suspendido, que las familias se han visto en la necesidad imperiosa de colaborar con la transmisión de la enseñanza, que las diferencias sociales estructurales han sido aún más notorias, que los docentes han buscado (y continúan haciéndolo) infinidad de recursos para seguir con su tarea y llegar así a todos los estudiantes. Pero poco se ha planteado sobre la transformación que inexorablemente necesita la institución escolar para mantenerse en pie y continuar.

La tecnología, sus recursos, ya hace tiempo que entraron en las aulas y las instituciones; sin la obligatoriedad actual de su uso para llevar adelante el proceso de enseñanza. Esto ha sido una profunda falencia. No usarla anteriormente para lograr aprendizaje ha sido un error. La pasividad con la que permanecimos las instituciones respecto al uso tecnológico como herramienta, ha sido una debilidad del sistema y de quienes formamos parte o tenemos la obligación de pensar la escuela en función de las demandas sociales. El letargo en el que nos encontramos a nivel educativo se vio sacudido por la covid19. En el contexto actual de emergencia epidemiológica, todos los actores que conforman las instituciones educativas fuimos expuestos a la detención y reflexión de nuestro rol dentro de la misma. Por eso, una pregunta clave para el regreso presencial a las aulas debería ser ¿Qué merece ser conservado y qué no? Dicho interrogante, que plantea el pensador contemporáneo Jorge Alemán, abre la ventana al tejido de redes que entablan las instituciones educativas, con sus actores, los roles, funciones y responsabilidades que en ella se establecen.

Hemos escuchado decir “Sólo los maestros pueden” o “familias haciendo de maestros”; pues es una equivocación. Las familias siempre debieron colaborar con el proceso de enseñanza; las sociedades debieron hacerlo. Porque la institución escolar debe conservarse como elemento indispensable, potenciador de capacidades individuales y gestor de emancipación colectiva; y por y para ello, los ciudadanos debemos bregar. Sostener y reivindicar la autoridad profesional de los maestros es imprescindible en estos tiempos. A su vez, nosotros, educadores, tenemos la obligación de brindarnos a nuestra tarea, de manera responsable, y convencidos de la misión formativa que tenemos. Sin lugar a dudas no existe instrumento tecnológico que pueda suplantar a un docente apasionado en la enseñanza.

La pandemia ha dejado al descubierto, entre otras cosas, el requisito indiscutido de un espacio de formación de conciencia ciudadana y un poder político que responda a las verdaderas necesidades colectivas sociales. Por eso considero que pensar el rol docente, su importancia e implicancia es menester. No podemos pensar el aprendizaje sin la enseñanza. Son procesos complementarios. ¿Cómo podemos mejorar esos procesos en este contexto? ¿Cómo podemos contribuir a una sociedad mejor?

Docentes comprometidos con la tarea, sin un lineamiento previo, y con las pantuflas puestas, se pusieron en marcha para intentar continuar con lo ya establecido, generando reformas individuales a su grupo de estudiantes. Con un sinfín de sentimientos y emociones se vieron en la obligación de, otra vez, llenar espacios y tiempos de contenidos que no contienen demasiado.

Así lo expresa Mariana, docente que logró su ansiada titularidad en este año tan particular...

“Eso pasa sólo en las películas” me decía mi mamá cuando era chica y me atacaba la ansiedad de lo incierto.

Pero un día, nos despertamos en una de esas escenas en la que el protagonista no sabe para dónde salir corriendo en medio de una habitación en blanco. ¿Hay alguien ahí? Se debe preguntar más de uno, varias veces al día...

El griterío del inicio de la jornada se apagó, las corridas quedaron inmobilizadas. Paulo Freire, en el Grito Manso nos enseña que la inmovilidad implica una falta de búsqueda, algo que está completamente fuera de la naturaleza humana. Sin dudas, aquel silencio fue el estruendo más ensordecedor, para salir de expedición a lo incierto.

De repente “la nueva normalidad” se reactivó como queriendo recuperar el tiempo y los docentes, que no entendemos nada de estatuas y quietudes, sacamos lo que teníamos en casa y llenamos esa habitación blanca de colores y texturas.

No hay teoría que explique la praxis de una seño que intenta convertirse en YouTuber para arrancar una sonrisa, al mismo tiempo que despliega su “plan B” para los que no tienen conectividad.

El distanciamiento social, se presentó como el escudo mágico contra el virus, pero en la escuela, como tantas otras cuestiones, la realidad es diferente.

La pandemia ensancho la distancia entre los que más tienen y los que se agachan debajo de la ventana con el brazo levantado para enganchar la señal de WiFi del vecino. Con esta brecha, me pregunto ¿a quién se le ocurrió decir que la escuela “entra a casa”? La escuela es irremplazable y nada tiene que ver con las distancias.

Por eso, los docentes nos encontramos nuevamente resistiendo; esta vez para mantener la conexión con los estudiantes y garantizar la continuidad pedagógica en un contexto incierto, desconcertante y lleno de enemigos que quieren cuestionar nuestra vocación. Pero no lo lograrán, porque por suerte nos tenemos, en un colectivo.

Nos tenemos a nosotros mismos, como comunidad educativa que no afloja, que no duda en intercambiar ideas con otros.

Nos tenemos para darnos las manos por zoom y organizar cómo ayudar a una compañera que se quedó sin celular y perdió el contacto de las familias.

Nos tenemos, construimos redes, le bajamos el volumen a la ansiedad y se lo subimos a las ganas, nos empujamos siempre para adelante, porque somos una tribu imparables, con un objetivo común, que lejos está de los medios de comunicación y las ideas hegemónicas de lo que implica la educación.

Nos tenemos, y juntos, seguiremos buscando... Dice Freire que “la búsqueda y la esperanza forman parte de la naturaleza humana. Buscar sin esperanza sería una enorme contradicción. Por esta razón, la presencia de ustedes en el mundo, la mía, es una presencia de quienes andan y no de quienes simplemente están. Y no es posible andar sin esperanza de llegar. Por eso, no es posible concebir un luchador desesperanzado”.

Nos tenemos y seguiremos soñando con un mundo mejor...

